



preces

Invoquemos la misericordia divina sobre nosotros. Que la plegaria de todos sea escuchada por el Señor, Él que es la fuente de todos los dones.

- Oremos para que el Señor conceda a su Iglesia el don de las vocaciones al ministerio sacerdotal y así no quede huérfana de pastores que prediquen la Palabra y celebren la Eucaristía. Roguemos al Señor.
- Oremos para que el Señor manifieste su gloria entre nosotros y haga sentir su voz a los jóvenes para que entreguen su vida al servicio de la Iglesia. Roguemos al Señor.
- Oremos para que el Señor con su gran misericordia y con la fuerza del Espíritu suscite en el corazón de muchos jóvenes el deseo de seguirle. Roguemos al Señor.
- Oremos para que todos los consagrados vivan su amor a Jesucristo con un corazón ardiente y sean con su vida signo de servicio y testimonio para todos los jóvenes. Roguemos al Señor.
- Oremos para que el Señor nos conceda a todo bautizado vivir según los deseos de su amante corazón, en oración y servicio. Roguemos al Señor

padre nuestro

Señor Jesucristo, Maestro y Señor de nuestra vida, mira con amor a tu Iglesia. Tú que siempre la has amado y nunca la dejarás de amar, te pedimos para ella, el don de las vocaciones: escoge hombres y mujeres que descubran y vivan Tu amor. Haz que se sientan llamados, por un don que nunca agradecerán del todo, a entregar su vida por Ti y por los hermanos. Por Cristo, Señor nuestro.

Navidad es Amor Renovado que Vence Siempre

Desde que el Señor se encarnó en María, y por siempre, nuestra humanidad está indefectiblemente unida a Él. Ya no existe Dios sin el hombre: la carne que Jesús tomó de su Madre es suya también ahora y lo será para siempre. Decir Madre de Dios nos recuerda esto: Dios se ha hecho cercano con la humanidad como un niño a su madre que lo lleva en el seno

El Dios del cielo, el Dios infinito se ha hecho pequeño, se ha hecho materia, para estar no solamente con nosotros, sino también para ser como nosotros. He aquí el milagro, la novedad: el hombre ya no está solo; ya no es huérfano, sino que es hijo para siempre.

Es la belleza de sabernos hijos amados, de conocer que no nos podrán quitar jamás esta infancia nuestra. Es reconocerse en el Dios frágil y niño que está en los brazos de su Madre y ver que para el Señor la humanidad es preciosa y sagrada. Por eso servir a la vida humana es servir a Dios.

Y María «Custodiaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» ^(Lc 2,19). Custodiaba. Simplemente custodiaba. María no habla: También en esto la Madre está unida al Hijo: Jesús es infante, es decir *sin palabra*.

Él, el Verbo, la Palabra de Dios *que muchas veces y en diversos modos en los tiempos antiguos había hablado* ^(Hb 1,1), ahora, en la plenitud de los tiempos ^(Gal 4,4), está mudo. El Dios ante el cual se guarda silencio es un niño que no habla. Su majestad es sin palabras, su misterio de amor se revela en la pequeñez. Esta pequeñez silenciosa es el lenguaje de su realeza. Y la Madre se asocia al Hijo y custodia en el silencio.

Y el silencio nos dice que también nosotros, si queremos custodiarnos, tenemos necesidad de silencio. Tenemos necesidad de permanecer en silencio mirando el pesebre. Porque delante del pesebre nos descubrimos amados, saboreamos el sentido genuino de la vida. Y contemplando en silencio, dejamos que Jesús nos hable al corazón: que su pequeñez desarme nuestra soberbia, que su pobreza desconcierte nuestra fastuosidad, que su ternura sacuda nuestro corazón insensible.

Este es el secreto de la Madre de Dios: *custodiar en el silencio y llevar a Dios*.



